

Carta para activistas de La Molina que me obsequiaron con su atención

Os pido perdón.

Me habéis pedido algo que os he negado.

Tras nuestro encuentro en La Molina, algo pasó en el ambiente y en nuestros cuerpos. Creo que me buscasteis para repetir la magia. Y no la hubo.

Soy culpable sin arrepentimiento. Si volviera a sentir que gente de vuestra capacidad ingobernada buscara algo de guía en mí, volvería a frustraros. Os escribe un cualquiera con vocación, que os admira sin esperar que la expectativa os condene. Me explico.

Siento que vivimos en un mundo de humanos que desconocen serlo. El imperio de lo técnico y del orden nos ha estupidizado. Tengo ante mí, casi siempre, a diferentes versiones del mismo auditorio acartonado. Cambian las ropas, el lugar, el clima... pero el auditorio es el mismo. Cuando intervengo, me enfrento. Es luchar contra una barrera tenaz, sólida, inmensa. Sé que solo puedo vencer ese muro con pasión; que únicamente cuando les golpeo, consigo por unos instantes llegar a los corazones parapetados. En vuestro caso, no hacía falta cañones de ese calibre. No hacía falta nada. Ya habéis hecho el trabajo previo. Camináis con la piel intacta, desnuda, preciosa. Os seguís reconociendo humanos transitando un mundo absurdo. Tendría que haberos mirado a los ojos para darme cuenta que no había muro por derribar, que no había enfermedad que curar, ni torcedura que corregir; que no había oscuridad por iluminar. No lo hice, no miré. Soy hijo de esta época, mal me pese. También camino tecnificado y automático.

No os hago ninguna falta. Me siento, no obstante, honrado, complacido y comprometido; lo suficiente como para situarme a vuestro lado, disponible, lo necesario para mostrar que no soy necesario, que no os hago ninguna falta.

Todos los ingredientes que he ido identificado con torpeza y tiempo, todos esos elementos que anuncian la esperanza, todos los tenéis: la capacidad de ver el absurdo camuflado en la cotidianidad invisible; las ganas de ayudar, de arreglar, de solucionar; los oídos sordos al estruendo del fatalismo; la facilidad para escuchar, sin la pretensión de que la voz propia ahogue la ajena; la tendencia a caminar en compañía, a reunirse y organizarse; la necesidad de saber qué pasa, por qué pasa y cuál es nuestro papel en ello. Incluso os acompaña lo primero que se pierde: la humildad. Cansinamente, los movimientos y buena parte de sus miembros terminan con facilidad creyendo que saben ya cuanto hay que saber y que transitan por el único camino que se debe recorrer. Prueba de vuestra humildad es que, a pesar de contar ya con una trayectoria de auto-aprendizaje y de acción, miráis buscando a gente experimentada, cuyos pasos previos prometan algún éxito posterior. Eso no suele funcionar. Los viejos caminan sobre senderos hoy sepultados. La tierra es nueva. Es verdad que los esquemas existen y se repiten, pero lo hacen sobre una sustancia nueva cada vez. Habitualmente nos tomamos los esquemas demasiado a pie de la letra, buscando no inspiración sino método preciso, como si las personas fueran todas las mismas y sus historias idénticas.

Estos días han sido un regalo. He conocido a la “vieja guardia” peruana. Son personas hoy en parte acomodadas, que protagonizaron micro-revoluciones tan pacíficas como pasionales. Llevo tiempo preguntándome no por cómo cambiar las cosas, sino por cómo conseguir que los cambios permanezcan, que las luchas, las entregas y los sacrificios dejen huella indeleble. Siempre me acompaña esa pregunta. Nunca encontré respuesta. No la conozco. Quizá es que luchamos contra el orden establecido, procurando instaurar otro orden, que el tiempo mostrará como el nuevo establecido. Quizá la solución se encuentre en la belleza del caos. Recuerdo el tráfico en Lima. No es caos, sino desorden. No son lo mismo. El desorden es un estado huérfano, que no sabe estar sin estructura que lo ordene. El caos es un estado maduro, que no requiere orden alguno. Quienes manejan carros en Lima, lo hacen centrados cada cual en lo suyo, sobre una estructura de calles, semáforos, pasos de peatones, relojes que recuerdan la ansiedad del tiempo para cumplir con horarios externos... perciben a los otros manejadores de carros como enemigos que amenazan el orden deseado. Ese estado huérfano es el campo pertinente para el abrazo de la dictadura, de izquierdas o de derechas o de centros; pues la ansiedad del desorden solo se calma cuando el exterior impone una estructura y establece la certidumbre. En la madurez del caos, el enemigo no

existe, pues no hay orden que se sienta amenazado.

¿Veis? No os hago falta. Me intelectualicé.

En efecto, conocí a la vieja guardia. ¡Qué bien! ¡Qué energía todavía hoy! ¡Cuánta experiencia acumulada! ¡Cuánta experiencia! No fue todo. Tuve la dicha de sentirme nuevamente abrazado por Annia e Isi, ante quienes uno tiene la tentación de añadir “que ya conocía”, como si ello les condenara a no tener ya nada nuevo que ofrecer; como si pudiéramos conocer a alguien para siempre.

Además de todo ello, ¿sabéis qué? En el avión, de vuelta a casa, sonreía con placidez, tranquilo, feliz. Una sensación muy grata, difícil de transmitir, me acompaña después de haberos conocido, a vosotras y a vosotros, humildes poseedores de todos los ingredientes de la esperanza. Os recuerdo en La Molina, y en la gigantesca pequeña habitación de Isi. Os recuerdo y siento que esto no ha hecho más que comenzar; que estáis ahí, amasando el mundo. No sois dioses. Y los no-dioses se equivocan. Sois no-dioses amasando. Qué sensación de tranquilidad.

Sigo y seguiré en batalla, pacífica y torpe. Lo haría aun cuando no hubierais nacido. Pero ¡Guau! ¡Qué bien que ocurrió y estáis ahí!

Con admiración y alegría, Vicente, un cualquiera.